

REPERTORIO AMERICANO

Tomo 9

Núm. 8

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 27 DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: Una página de estética, por Leopoldo Lugones.—Gimnasio obrero, por Germán Arciniegas.—La radiotelefonía y las estrellas.—Los pactos de Washington, por Manuel Sáenz Cordero.—El sino del hombre de acción, por Luis de Zulueta.—Otros sonetos, por J. Eustasio Rivera.—Un elogio de Costa Rica, por Rómulo Tovar.—¿Juventud?, por Carmen Lira.—La rueda simbólica.—El pensamiento de Guerra Junqueiro, por Luis Araquistain.—Los escritores y artistas y su manifiesto, por Fernando Santivan.—El contagio militarista.—La dictadura y la libertad de prensa.—La Edad de Oro (con un cuento para niños).

Una página de estética

(De La Nación, Buenos Aires)

—Discurso pronunciado en la inauguración de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad de La Plata.—

EXISTEN en la raza blanca a la cual pertenecemos, dos clases de gente: una que conforma su conducta sobre el criterio de belleza, y otra que rige la suya por el criterio de verdad.

Aquella es la gente greco-latina, de la cual somos a nuestra vez, y que llamaba a los otros *bárbaros*, por lo mal que pronunciaban el griego y el latín: impresión cacofónica, según se ve, lo cual comporta ya una prueba.

El predominio de la eufonía en el primero de aquellos idiomas era tal, que determinaba la formación de la frase. En el latín culto, que hoy llamamos clásico, el ritmo de los períodos era tan indispensable, que el público del Foro y de la asamblea electoral lo exigía a los oradores, marcándolo por el pulso o con el pie; en cuya virtud, los más elocuentes remataban sus párrafos con cláusulas equivalentes a versos. De ahí que la mala pronunciación les resultara intolerable a los griegos y a los latinos; y con ello, definida la barbarie por esa impresión antiestética.

Tendencia imperiosa hasta hoy, constituye una revelación del temperamento gentilicio, que es resultante de fuerzas desconocidas, era acción milenaria y fatal durante la prehistoria de la especie. Así lo revela, desde luego, su irrefragable dominio. Para nosotros, como para los atenienses, el ridículo es mortal; y por firmes que sean nuestras nociones morales, la belleza del argumento o de la actitud constituye una justificación. Un período elocuente nos interesa más que la enunciación de una verdad; y este predominio de la sensibilidad sobre la razón nos torna escépticos: es decir, atentos a la experiencia sensible más que a la satisfacción intelectual. De aquí, también, la despreocupación y la benevolencia. Aquello extremábase en el griego hasta el menosprecio de la verdad. *Graeco mendax* era una despectiva clasificación romana. El romano, a su vez, fué el más tolerante de los hombres. Séneca dijo que la tolerancia es la primera de las virtudes sociales.

Por estas razones, así como por nuestro desconocimiento de sus fuerzas constitutivas, inexorablemente ocultas en el misterio prehistórico, empeñarse en modificar el temperamento gentilicio no es más que atormentarlo con estéril violencia. Si aquello de «genio y figura hasta la sepultura» es cierto, para el individuo, cuánto

más no lo será para una entidad tan antigua como nuestra gente!

Entonces, el predominio de la emoción de belleza sobre la noción de la verdad constituye naturalmente la norma de conformidad con la vida, a la cual arreglamos nuestra conducta. Que éste es el modo de vivir en armonía con la sociedad y consigo mismo.

Adviértase, todavía, que dicha conformidad resulta, de suyo, un estado de satisfacción, buscado por el individuo y por la sociedad como el objeto mismo de la vida. Cuando uno y otra lo disfrutan sin contrariarse, antes con agrado recíproco, este bienestar armonioso recibe el nombre de civilización.

La civilización greco-latina, la nuestra, pues, está fundada en la belleza.

Pero, antes de argumentarlo como se debe, porque voy a sostener, no sólo que es la mejor, sino quizá la única merecedora de ese nombre, deseo apoyarme con dos pruebas, mediante el sistema leal que consiste en perseguir la lógica del postulado hasta sus últimas consecuencias.

¡Qué cosas tan opuestas en apariencia a la belleza formal, como la legislación penal o las revoluciones políticas!

Pues, oíase este comentario de Cicerón sobre la ruda ley de las Doce Tablas. En una frase al pasar, tan luego como la admiración del autoritario texto lo conmueve, aparece el artista. Que no en vano fué el primero de aquellos melodiosísimos oradores: *Admiror nec rerum solum, sed verborum elegantia*: no sólo admiro la cosa, sino la elegancia de su expresión. Así, desde tiempo arcaico, bajo la choza y el sayo rústico, cuidaba el latino su buen hablar hasta en la ley primitiva.

¿Y qué hacen nuestros padres en la tremenda hora del alzamiento en guerra contra el yugo del rey, cuando provocan a las potencias de la tierra, por lo menos sospechosas, si no hostiles, desamparados del derecho y de la fuerza, pobres como verdaderos paladines de aquella suprema andanza que no había de parar hasta la libertad o la muerte; sin otro sostén que el propio riesgo, en el arrebatado alado de su esperanza, ni otro consejo que el del propio corazón, avanzado como de punta en la invitación del desnudo acero?

Pues componen un himno: inventan, cortándola del cielo, una bandera hermosa; y convocando al mundo entero, juntamente heraldos y campeones de la libertad:—¡oíd mortales!—estampan el sol por triunfo y se lo juegan en la carta del destino.

La primera palabra de la Patria es un verso y rompe cantando.

El pabellón de la Patria es un símbolo celeste como las imágenes de la poesía: y su mismo origen religioso,